

LA JORNADA NINGUNICA

Tontilandia es tierra fecunda en problemas.

El tontilandés los ama y con el pretexto de solucionarlos, los cuida, los abona, los cultiva, hasta convertir la frágil plantación en selva impenetrable; pero hay uno predilecto para él: Es el problema de la civilización.

Esta preferencia no deja de ser extraña, porque, a decir verdad, se trata del único problema que los tontilandeses han logrado solucionar integralmente en forma rigurosamente autóctona.

En ningún país del mundo se viaja, en efecto, más barato y a la vez más incómodo que en Tontilandia.

Tres generaciones de aborígenes - verdaderas Tarzanas de la locomoción - han venido colgándose sucesivamente, durante más de medio siglo, de las plataformas, los techos, las pisaderas y cuanto asidero incómodo ofrecen autobuses y tranvías, a trueque de evitar un aumento de costo del pasaje.



Mienten quienes aseguran que los tontilandeses son desequilibrados; para convencerse de ello basta verlos colgar a guisa de racimo - como un inmenso grappolo viviente, que diría D'Annunzio - a babor y estribor de tales vehículos.

A fuerza de agilidad, estoicismo y equilibrio, los heroicos pasajeros han logrado que la tarifa se mantenga inóclume.

Así, mientras los artículos de primera necesidad han visto cuadruplicarse su valor y los productos más heterogéneos, pero de precio similar, como los diarios, los "pequenes", etc., han experimentado esas fantásticas, las autobuses y tranvías siguen cobrando la "chaucha" tradicional.

Como es lógico, el tontilandés está orgulloso de su éxito.

Todos los sacrificios le parecen poca para mantenerlo. Antes de pagar 20 centavos más, estaría dispuesto a dejarse matar.

La última prueba de carácter y resignación ante la adversidad la acaba de dar en estos días, con motivo del establecimiento de la jorna-

da única que, junto con perturbar todas las cosas, desde el hogar hasta el reloj, perjudicar el comercio, y alterar los estómagos y la producción, aumenta el consumo de electricidad y el presupuesto del hogar en una cifra tal vez cincuenta veces superior al gasto que se trata de evitar.

Es admirable.

Ayer me tocó observar un caso típico:

A las ocho de la mañana y el tontilandés paladeaba un succulento cochayuyo.

- Lo he puesto en tasa - me dijo - para hacerme la ilusión de que esto no es almuerzo sino desayuno. Algún sacrificio hay que hacer para economizar en la locomoción.

- ¡qué economía ni qué niño muerto! - le interrumpió indignada la señora que, a pesar de ser tontilandesa, comenzaba a percatarse de la situación. - Tres almuerzos, doce sandwich, tres termos a cincuenta pesos, aumento de sueldo a la cocinera, mayor consumo de luz y un dineral en jamón, huevos y "corn flake" para economizar cuarenta cobres, que te los vuelves a gastar para ir al box a gastar las horas libres.

- Claro, claro; yo no te niego que esta economía sale costando una barbaridad; pero hay que hacerle frente. Por de pronto, yo he pensado que podríamos ir suprimiendo el reloj. Como la hora la fija actualmente el Gobierno, el reloj no tiene objeto.

- Tienes razón - dijo la tontilandesa. No se había fijado que es de los que da la hora.

- Además, vas a hacer economías. Como de acuerdo con las últimas disposiciones de la autoridad, la comida debe ser a las 6 y el comercio está abierto hasta las 7, por lo menos, a esa hora no vas a poder ir a las tiendas... Por otra parte, sólo debemos preocuparnos del presente, es decir, de estos primeros quince días...

- ¿Crees entonces que se derogará la jornada única?

- ¿Estás loca? Ni lo pienses. Yo te hablo de los primeros quince días, porque con esta casa-restaurant no hay presupuesto que resista.

- ¿Y después?

- Bueno, después... entraremos francamente a la "jornada ningúnica".

No habrá ni almuerzo, ni comida.

- ¡En fin, es una esperanza!, exclamó la señora con un suspiro de resignación.

- Por cierto que va a ser un poco incómodo; pero lo primero es lo primero; economizaremos cuarenta centavos. ¡Solucionaremos el problema de la movilización!

Y ante la esperanza de ver realizado este ideal tantilandés, por vez primera, después de tres días de desagradados hogares, los ojos de la esposa y el marido se unieron en una mirada de común satisfacción.

3 de Junio de 1942.

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Católica de Chile